



Un diario secreto.
Una jefa de la que no podrá escapar.

LAS CENIZAS DEL INTERNADO

L.F. LAUREN

Las cenizas del internado

L. F. Lauren

Serie Isla Ballena

Título del libro: *Las cenizas del internado* © [L. F. Lauren / Laura López Fernández], 2026

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de portada: Laura López Fernández

Corrección de estilo y ortotipografía: José López Falcón

ISBN: 978-84-09-89107-8

Sello: publicación independiente

Depósito Legal: BI 00951-2026

Nota de la autora: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para mis hermanas.

*Ser trillizas significa tener dos clones que
me ayudan a encontrar el sentido detrás de cada trama.*

Acerca de L. F. Lauren

L. F. Lauren (Getxo, 1985), es autora de dos libros de marketing y ahora se adentra por el territorio de la ficción con la serie de libros independientes de Isla Ballena.

Lectora apasionada de novela policíaca, de misterio y de domestic noir, su imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y el análisis minucioso de casos de true crime.

Esa pasión se traduce en una escritura que busca lo que ella misma exige como espectadora: capítulos adictivos, repartos de pocos personajes con voces profundas, giros inesperados y tramas tan cotidianas que resultan inquietantes porque podrían ser reales.

En su universo narrativo siempre parece que es otoño. Le atraen los escenarios sombríos, la lluvia y las historias que diseccionan la anatomía del trauma, las relaciones tóxicas y el peso asfixiante de la culpa, elementos que hilan la trama de Isla Ballena.

Web: escritoralauren.com

Instagram: @lauralofer

El final de este libro está inspirado en un caso real, aunque todas las historias, escenas y personajes son totalmente ficticios.

Banda sonora del libro

Una selección de canciones de los noventa en versión instrumental para acompañarte mientras te adentras en la redacción del periódico *El Faro*.

Escanea el código para acceder a la lista oficial en Spotify.



[O si lo prefieres, pincha en este enlace.](#)

LIBRO COMPLETO EN AMAZON

Si te gustan los primeros capítulos de 'Las cenizas del internado' que encontrarás en estas páginas como regalo, puedes comprarlo en ebook o tapa blanca en Amazon.

Espero que disfrutes este viaje al interior de mi cabeza y que comprendas un poco mejor cómo cobran vida las historias de Isla Ballena.

Escanea este QR para ir a la ficha del libro en Amazon:



[RESERVA AQUÍ 'LAS CENIZAS DEL INTERNADO'](#)

(disponible oficialmente desde el 28 de junio de 2026)

Prólogo

No, no, no. Esto no me puede estar pasando.

Me quedo mirando el cuerpo en el suelo y siento que se me va a salir el corazón por la boca. No se mueve. No respira. ¡Que no respira!

Juro que yo no he hecho nada. Si solo estábamos hablando... Bueno, gritando. ¿Pero por qué coño no respira?

Me arrodillo a su lado e intento apretarle el pecho, imitando lo que hacen en *The Pitt*. ¿Por qué no dedicaría mi tiempo libre a aprender primeros auxilios de verdad en vez de pegarme maratones de series de médicos? Soy idiota y no sé lo que estoy haciendo.

Tengo que llamar a alguien. Pienso en mi tía, pero la descarto enseguida. Me conoce bien, se va a pensar que me ha dado otro ataque de ira y que la he liado. No necesito un sermón, necesito ayuda. Ayuda urgente. ¡Ya!

Isaac. Voy a llamar a Isaac. El móvil se me resbala, tengo las manos empapadas en sudor. Lo recojo del suelo, me las seco rápido en el vaquero y busco su número. ¿Por qué no lo tendré en favoritos?

Llamo. Mierda, sale apagado. Estará en el bar sin cobertura. Lo intento de nuevo. Nada.

Cuando estoy a punto de rendirme y llamar a mi tía, me salta una llamada de Isaac en la pantalla. Menos mal.

—¿Isaac? ¿Me oyes? ¡Isaac! —grito desesperada.

Al otro lado hay un estruendo insoportable. Música a tope y gente berreando.

—Espera, espera, que salgo del bar —dice él, con voz de haberse bebido un par de cervezas.

Oigo cómo se cierra una puerta y el ruido de la música se apaga.

—Ya está. ¿Dónde estás, Mónica? Estamos en El Puerto, ¿te apuntas o qué?

—¡Que no! ¡Que no es eso! ¡Escúchame, coño!

—A ver, calma. Madre mía cómo estás... ¿Pero qué te pasa?

—Tienes que venir a la redacción ahora. Que no respira. ¡No respira!

Se hace un silencio sepulcral.

—A ver. Pero ¿qué me estás contando? —Su voz ha cambiado de golpe. Ya no parece achispado—. ¿Quién no respira?

—¿Quién va a ser? La loca. Valentina.

—Joder, no me lo puedo creer... ¿Has llamado ya a emergencias?

—No, es que pensaba que podía resolverlo yo sola y me he puesto nerviosa.

—¿Pero qué coño ha pasado? Mónica... ¿Le has hecho tú algo?

—¡No! ¿Qué dices? ¡Te juro que yo no he hecho nada! —le grito al teléfono, aunque sé que parezco culpable—. Me ha puesto de los nervios, le he dicho cuatro cosas y le ha pegado un parraque o algo. ¡Yo qué sé! Se ha desplomado de la silla sin más.

Me ahorro decirle que al final de la discusión le he pegado un empujón y que está en el suelo por mi culpa. No se ha caído de ninguna silla, pero juro que no he hecho nada. Es como si le hubiera dado un infarto o algo, no ha sido cosa mía.

—¡Llama ya a emergencias, joder! Y no toques nada. ¿Me oyes? Espero que sea solo un susto. Estoy allí en menos de cinco minutos.

No me queda otra. Tengo que llamar al 112 y que sea lo que Dios quiera.

Capítulo 1

Unas semanas antes

Mierda. Lo he vuelto a hacer. Parece que no voy a cambiar nunca. Cuanto más intento contenerme, más fuerte es la explosión. Miro la pared que hay junto a la puerta. La mancha de café chorrea lentamente hacia el rodapié, dejando un rastro oscuro sobre el gotelé.

Cierro la puerta de mi cuarto de un portazo y me tiro boca arriba sobre la cama, intentando que el temblor de mis manos desaparezca. Mi padre sigue gritándome desde el pasillo, pero no pienso darle el gusto de seguir respondiéndole. Me conozco el guion de memoria: primero me pide dinero; si no se lo doy, hay bronca; luego me pide perdón a modo de chantaje emocional... Después, vuelta a empezar como si nada. Pero ya está, se acabó, me voy a largar de aquí. Lo tenía ya casi decidido, pero lo de hoy ha sido la confirmación que necesitaba.

Saco el móvil, marco el número de mi tía y contesta al segundo tono. Sabe que si le llamo en vez de enviarle un wasap es porque ha pasado algo importante.

—Mónica, ¿qué pasa?

—Me voy de aquí, tía —digo sin saludar. Mi voz suena todavía demasiado aguda por la adrenalina de la discusión—. No puedo más. Se acabó.

—Cariño, respira. ¿Habéis discutido otra vez?

—Si yo estaba aquí tan tranquila, haciendo el trabajo de fin de máster —digo, mirando la mancha de café—. Entonces ha venido a pedirme dinero con sus mentiras de mierda. Y al final hemos acabado a grito pelado y yo al límite, como siempre.

—No puedes seguir así. Un día vas a acabar ingresada con un ataque de ansiedad. No me digas que ya está otra vez con deudas por el juego...

—¿Cuándo no es por el juego? —suelto con rabia—. Se ha quedado con todo lo que tenía guardado de mi curro de camarera. ¡Con todo!

—Siempre la misma historia...

—Me ha querido colar el rollo de que era para el alquiler atrasado, pero sé perfectamente a dónde va ese dinero: a los capullos de la casa de apuestas del barrio.

—No me digas que han vuelto a ir a buscarle al piso...

—No hace falta que vengan. Me basta con los comentarios, las miraditas y las amenazas que me sueltan cuando paso por delante de la puerta. No soy tonta, coño.

—Por favor, ten cuidado con esa gente.

—¡Es lo que le he dicho a él! Es un puto mentiroso. Se ha puesto como un loco gritando que si vivo bajo su techo tengo que contribuir a los gastos.

—No tiene vergüenza —murmura ella.

—Me ha desquiciado tanto que al final he estallado, para variar. Le he lanzado a la cara los últimos trescientos euros que me quedaban y, después, como no me he quedado a gusto, he estampado la taza de café que me regalaste contra la pared.

Oigo el suspiro de mi tía al otro lado. Ella ya conoce cómo va la historia mejor que nadie. Ya se portaba así con mi madre cuando vivía.

—Escúchame: llora y grita todo lo que quieras, pero sal de esa casa de una vez. Siempre te pasa lo mismo. Cuando vuelves a casa con tu padre acabas así. No es bueno para ti, ni para tu cabeza.

—¿Y qué quieres que haga? No tengo donde caerme muerta. Me he gastado hasta el último céntimo de lo que ahorré de camarera en la matrícula del máster y ahora mismo estoy a cero. Es que no tengo ni para la fianza de un alquiler, así de claro.

—Lo sé, pero hay más opciones. Ahora que el máster es a distancia no tienes por qué seguir ahí aguantando eso. Ya te he dicho un montón de veces que te vengas a la isla conmigo.

—Ya, si tienes razón. —Hago una pausa y me paso la mano por la cara, agotada de estar enfadada—. Lo he pospuesto porque aquí es más fácil encontrar prácticas y compaginarlas con el curro, pero ya no puedo más. Por eso te llamo. Si me quedo un día más aquí, voy a terminar haciendo algo de lo que me arrepienta. Puede que la próxima vez sí que le abra la cabeza de verdad.

—Pues ya está. Te vienes y haces las prácticas en algún periódico *online* en el que puedas teletrabajar o lo que sea.

—El caso es que ya había visto una vacante para hacer las prácticas del máster en el periódico de la isla y me han dicho que, si quiero el puesto, es mío. Solo tengo que confirmar que me uno.

—¿En la redacción de aquí? —La voz de mi tía suena dudosa—. Ay, Mónica... ¿Estás segura? Ese periódico tiene una rotación de gente increíble. Valentina, la directora, tiene una fama de tirana que no veas... Búscate algo en otro sitio más tranquilo, que bastante has tenido con tu padre.

—A ver, que son solo tres meses. Si tengo que aguantar a una jefa exigente, pues la aguanto —le digo con un nudo en la garganta, no esperaba tener problemas de jefes antes de empezar—. Yo quiero trabajar en campo y no estar únicamente detrás de una pantalla. Además, el puesto es para la sección de sucesos, que me viene perfecto para las prácticas de investigación. Las hago y luego me busco un curro de verdad donde sea. Pero tengo que salir de esta casa ya.

Se hace un silencio corto. Puedo imaginarme a mi tía en su cocina de la isla, rodeada de sus plantas y con Kiwi, su gato negro, al lado.

—Bueno, pues ya está, te vienes conmigo —dice al fin—. Tu habitación está como la dejaste en verano y yo ya sabes que estoy encantada de tenerte aquí. Estaremos igual de bien que cuando te vienes en vacaciones. Eres mi sobrina favorita y ya te echaba de menos.

—¡Lo dices como si tuvieras más sobrinas! —Suelto una risotada, la primera en días—. Pues me planto esta misma noche allí, no voy a esperar más a salir de esta casa. No sé qué haría sin ti.

Mi tía siempre es mi refugio. Esta vez no pienso volver nunca más a casa con mi padre.

Termino la llamada y bajo las maletas vacías de encima del armario para irme hoy mismo. Durante tres meses voy a trabajar en el periódico local *El Faro* de Isla Ballena. No

suenan ni tan mal. A pesar de lo que diga mi tía de la jefa del periódico, ahora mismo me agarraría a un clavo ardiendo con tal de no volver a ver la cara de mi padre.

Capítulo 2

Adiós, papá. Adiós a tus deudas y a tus mentiras. El olor a gasoil del ferri me revuelve el estómago. Miro por la ventana llena de gotas de lluvia, está empezando a anochecer y la ciudad ya es solo una silueta con lucecitas temblorosas que se desvanecen en el horizonte bajo el cielo entre negro oscuro y azulado. Cuanto más lejos, mejor.

Casi lo pierdo, pero he llegado al último ferri del día cargada con una maleta, una mochila y una bandolera. Él para variar ha bajado directo al bar tras nuestra bronca. Ha sido probablemente la única forma de no tener que despedirme de mi padre. Puede parecer cruel largarse así, sin decir nada después de lo de esta tarde, pero es lo mejor para los dos. Especialmente para mí.

Le he dejado una nota en son de paz en la encimera de la cocina, si es que eso existe entre nosotros. Solo le he puesto que necesito alejarme por el bien de todos. Una forma educada de decir que, si me quedo un día más, uno de los dos acaba en el hospital. También he llamado al bar para avisar de que lo dejo y que tendrán que buscar camarera para el fin de semana.

Isla Ballena aparece ante mí surgiendo del mar con el faro encendido, cortando la oscuridad con un tajo de luz blanca. Es precioso, no puedo negarlo.

En cuanto bajo la rampa del muelle, ahí veo a mi tía. Está apoyada en su viejo Seat Ibiza rojo, con esa sonrisa que siempre me hace sentir que tengo cinco años y que todo va a salir bien. No nos saludamos con formalidades, me estampa un beso en cada mejilla y me abraza apretando fuerte como si fuera un muñeco.

—¡Ay! ¡Qué flaca estás! —dice, pegándome un repaso de arriba a abajo—. Parece que tu padre no te da de comer... Pero bueno, no pasa nada, en tres meses de aire puro y de comida rica preparada por tu tía te pondrás de nuevo como una chicarrona fuerte como yo.

No puedo evitar fijarme en su pelo. Mi tía es de esas personas que no saben estarse quietas. A sus cuarenta años, tiene más energía que yo y parece diez años más joven.

—A ver... Ya estamos con que si me falta carne... Pues mira, yo prefiero soltarte un piropo. Te queda genial ese naranja —le digo, señalando su melena eléctrica.

—¡A ti ni se te ocurra teñirte! —dice ella mientras me ayuda a meter la maleta en el maletero—. Tu castaño natural es precioso. Ya me gustaría a mí tenerlo así de liso y sano. De tanto cambiarme el color y pasarme las planchas, mi pelo parece el de una Barbie vieja.

Nos subimos al coche y, mientras conduce hacia su casa, me pregunto si todo seguirá como la última vez. El chalet es como un experimento artístico para ella. En verano pintó un mural de colorines en toda una pared del salón. La anterior vez había restaurado los muebles de su dormitorio y los había pintado de azul turquesa y rosa chicle. Supongo que necesita toda esa explosión de color para compensar lo gris que es su trabajo de funcionaria en el ayuntamiento.

—He montado un invernadero pequeño en el jardín. Mañana con la luz del día ya verás qué bonito está. Además no compro ni una planta, todo son esquejes que voy recopilando cuando salgo a pasear. Me dio por ahí hace unos meses —se ríe, abriendo la puerta principal—. Ya sabes que, si no estoy creando algo, me aburro. ¡Vamos, pasa! He preparado una tortilla de patatas como a ti te gustan.

El olor a cebolla pochada me recibe y siento que estoy en casa. Es un contraste tan brutal con el olor a tabaco rancio de la casa de mi padre que por un momento me dan ganas de llorar. Pero me aguanto, nadie llora por una tortilla de patatas.

Cenamos en la cocina con Kiwi vigilando mis movimientos desde lo alto de la nevera retro color menta. No me fío ni un pelo de ese gato, me odia, pero me da igual.

¡Qué calma se respira siempre aquí! Es el único momento de paz que he tenido después de la discusión con mi padre, pero mi tía rompe el silencio mientras pincho un trozo de tortilla:

—Entonces, ¿mañana irás a la redacción para confirmar que empiezas las prácticas? —pregunta mientras me sirve una cerveza.

—Sí, es tarde para llamarles ahora, así que prefiero presentarme allí directamente y ver si puedo comenzar mañana mismo.

—¿Nerviosa?

—A ver, me mola entrar en la sección de sucesos, es justo lo que quería, pero... Ya sabes, me da miedo cagarla con la gente y con la jefa.

—Ay, que no, que lo harás genial. Solo intenta no saltarle a la yugular a nadie la primera semana.

Me lo dice de broma para romper un poco la tensión de la bronca de esta tarde. Me quedo callada y le doy un trago a la cerveza. Ese es el problema: mi tía me conoce y sabe que tengo un fusible que a veces salta sin avisar.

—Tranquila, si con la que he tenido hoy con papá no me queda energía para montarle otro pollo a nadie. Ya he descargado ira para mucho tiempo.

—Bueno, que no te lo decía en serio. Con lo maja que eres seguro que haces amigos en la oficina en dos días.

Después de tomar el flan que ha preparado mi tía de postre, me acerco a la estantería donde siempre hay una foto de ella con mi madre. Se quitó la vida poco después de nacer yo. Mi padre guardó esa historia en un cajón, supongo que por pena. Se convirtió en un tabú en casa y es por lo que nunca me he atrevido a preguntar. No sé, creo que no he querido hacerle preguntas a mi tía tampoco porque sabía que le dolería hablar de ella. Pero igual ahora que estoy aquí de nuevo es momento de abrir ese cajón y conocer cómo era realmente mi madre.

—Tía —digo sujetando la fotografía—, mamá tenía veintitrés años cuando murió, ¿verdad?

Se queda rígida un segundo antes de asentir.

—Sí. Veintitrés recién cumplidos. Ya sabes que cuando estés preparada yo te contaré todo lo que quieras saber.

—Es que tenía la misma edad que tengo yo ahora. Supongo que eso ha provocado que últimamente me cuestione muchas cosas... Pero bueno, que estoy cansada y hemos tenido suficiente palique por hoy.

Dejo la foto en su sitio y me dispongo a recoger la cocina. Ahora que estoy de nuevo aquí siento una curiosidad, que siempre he reprimido, por saber cómo era mi madre y si se parecía a mí.

Y sobre todo, por entender por qué se quitó la vida.

—Es tarde —dice mi tía, levantándose rápido para recoger los platos—. Deja eso, ya recojo yo, que tú tienes que descansar. Mañana te espera tu nueva jefa, Valentina, a ver si con suerte tiene mejor carácter del que dicen.

Me voy a mi habitación, la misma de todos los veranos, y me tumbo en la cama. Kiwi viene corriendo y se coloca entre mis piernas. En cuanto me muevo para cambiar de postura, me bufa. Este gato está trastornado.

El silencio de la isla me envuelve, pero me cuesta dormir imaginando cómo será la jornada de mañana en la redacción. Estoy cambiando de vida de golpe y la incertidumbre me mata: ¿será mi jefa tan mala como dicen? ¿Habrá compañeros majos o serán unos trepas? ¿Daré la talla en las prácticas y podré sacarme el máster de periodismo de investigación? ¡Buff! Cuantas más preguntas me hago más me agobio. Fluye, Mónica, fluye con la vida.

Cuando estoy a punto de quedarme dormida, me desvela la vibración de mi móvil. La pantalla ilumina toda la habitación. Es un número desconocido, será *spam*. Joder, vaya horas para molestar. Rechazo la llamada, apago el móvil y a dormir.

Capítulo 3

Ahora no me cabe duda, no me hace falta ser periodista de investigación para saber quién me llamó anoche con número desconocido... Son las siete de la mañana. Nada más encender el móvil, he visto que tengo tres llamadas perdidas y varios mensajes de WhatsApp:

Tu padre nos debe mucha pasta y ya se nos ha acabado la paciencia. Tenemos su agenda completa y vamos a empezar a escribir a todos sus contactos. Si no quieres que tu carrera de periodista se acabe antes de empezar por su culpa, haz que pague.

Hijos de puta. Son como una versión moderna y macabra de los cobradores del frac. Me tiemblan las manos de pura rabia. Llamo a mi padre. Una, dos, tres veces. Nada. Salta el buzón de voz con su voz alegre y despreocupada. Estoy a punto de estampar el móvil contra el suelo de madera. Pero no, Mónica, esa es tu antigua yo. Calma.

Me preparo, me pongo mi chubasquero amarillo, cojo mi cuaderno de anillas y salgo de casa sin desayunar. Una llovizna densa me da la bienvenida según pongo un pie en la calle. Podría coger el bus, pero necesito caminar para no llegar a la redacción con ansiedad mi primer día. Media hora andando bajo la lluvia me vendrá bien para calmar el volcán que llevo dentro y amenaza con entrar en erupción.

Llego a las ocho y media a la redacción del diario *El Faro*. Está al lado del puerto en un edificio antiguo emblemático con estructura de madera, techos altos y un olor a humedad que echa para atrás.

Entro a la oficina. Tras un mostrador de madera oscura, hay una mujer tecleando frenéticamente. Se nota que ella también percibe el olor rancio de este sitio, porque tiene una velita aromática encendida en su escritorio. A pesar de las ligeras ojeras de cansancio, tiene una piel estupenda y aparenta ser bastante joven. Aunque, si te fijas bien, anda por

los cuarenta, como mi tía. Es de esas mujeres que se conservan tan bien como ella. Lleva el pelo rubio revuelto en un moño desenfadado con un par de bolígrafos clavados y viste con un estilo muy informal que le quita diez años de encima.

—Hola —digo, intentando sonar profesional mientras mi chubasquero chorrea sobre la alfombra—. Soy Mónica.

La mujer levanta la vista del teclado y me dedica una sonrisa rápida, de esas que se dan cuando tienes mil cosas pendientes. Tiene una mirada despierta, muy viva.

—¿Mónica? —repite, como si buscara el nombre en una lista mental.

—Sí, hablé con Valentina hace unos días por el puesto de prácticas en la sección de sucesos.

—¡Ah, sí! La chica del máster.

—Siento haberme presentado así, sin avisar —me disculpo, intentando que no se note lo nerviosa que estoy—. Llegué anoche a la isla y era demasiado tarde para llamar. Solo quería pasarme para deciros en persona que estoy disponible para comenzar cuando me digáis.

—No te preocupes, aquí siempre vamos a contrarreloj. De hecho, te iba a llamar hoy mismo para saber si empezabas esta semana o no.

—Entonces, ¿me paso para empezar mañana?

—Pues mejor que te diga la jefa cuándo le va mejor. Está en su despacho. Créeme, has hecho bien en venir. Es bueno que te vea con ganas desde el primer minuto.

Coge el teléfono y avisa a Valentina de que estoy aquí. Acto seguido me señala una puerta al fondo de la oficina mientras vuelve a pelearse con el teclado.

—Suerte —susurra antes de que me aleje.

Camino por el pasillo con un silencio sepulcral. Entro en el despacho y, para mi sorpresa, la jefa me recibe mostrándose encantadora.

—¡Mónica! ¡Bienvenida! No te esperábamos tan pronto, pero estoy encantada de tenerte aquí —dice, estrechándome la mano con una firmeza que me pilla desprevenida—.

Tu perfil es justo lo que necesitamos para Sucesos, sangre joven y fresca para renovar un poco la plantilla.

Mientras habla, intento calcular su edad: ¿sesenta? ¿Sesenta y cinco? No lo sé, igual tiene cincuenta muy mal llevados. Ese pelo corto gris me despista.

Su mesa es un monumento al caos: está llena de trastos, ceniceros a rebosar, migas, polvo y envoltorios de chucherías entre montañas de folios. Normal que tenga ese aspecto tan descuidado, no parece de las que pierden el tiempo en cuidarse demasiado.

—Toma asiento. Siéntete como en casa —dice señalando una silla.

Sí, aquí huele a humo como en casa de mi padre, eso no lo podemos negar. La silla tiene una mancha sospechosa en el tapizado y yo me siento en el borde, tratando de no respirar demasiado hondo. Es asqueroso el ambiente a tabaco negro aquí dentro, parece que nadie tiene el suficiente valor para decirle que está prohibido fumar en el lugar de trabajo.

—Quería presentarme directamente en la oficina para confirmar las prácticas en la sección de sucesos y así empezar cuanto antes —digo para tratar de marcarme un tanto.

—Me gusta la gente responsable y decidida —dice con una sonrisa amarillenta—. En *El Faro* somos una pequeña gran familia. Todos valoran mucho la flexibilidad horaria que tenemos y lo bien que nos organizamos entre nosotros. Eso sí, cada uno es responsable de que el trabajo salga a tiempo.

—Me parece genial esa filosofía de trabajo y que cada uno sea autónomo en su área —digo en un intento de parecer profesional—, sobre todo porque quiero compaginar estas prácticas con el trabajo de fin de máster que tengo que entregar.

Después de una charla corta en la que me explica las diferentes secciones de la redacción, salimos del despacho. El aire del pasillo me parece oxígeno puro. Valentina se detiene ante la mesa de la entrada.

—Habrás conocido a Luna, nuestra administrativa, recepcionista, secretaria, como la quieras llamar. Lleva más de veinte años aguantándonos —dice Valentina con una voz que pretende ser cariñosa.

Luna se levanta de un salto.

—Perdona que antes no me haya presentado —se excusa, dándome dos besos con total naturalidad—. Espero que te guste trabajar en *El Faro*, todos los compañeros son supermajos.

Mientras hablamos, el teléfono de Valentina suena desde su despacho sin parar.

—Luna, por favor —la interrumpe Valentina de golpe. Su tono ha bajado diez niveles por lo menos—. Deja la cháchara de una vez y responde a la llamada de mi despacho. ¿No estás oyendo el teléfono o qué te pasa? Y recoge un poco tu escritorio, que no puedes recibir a la gente teniendo todo manga por hombro.

Luna se pone a recoger al instante con una sonrisa.

—¡Ay, perdona, Valentina! Tienes toda la razón, ha sido un descuido mío, no volveré a ocurrir —dice mientras se lanza a descolgar el teléfono—. Por supuesto, ya mismo atiendo la llamada, es que con la llegada de la nueva becaria me he despistado un segundo. ¡Mil disculpas, jefa!

Y digo yo: si quiere que responda a la llamada de su despacho, ¿no es más fácil pedirlo amablemente? Parece que hay que adivinar lo que quiere esta señora... Luna baja la cabeza, se disculpa y marca una extensión de la centralita intentando pasarse rápido la llamada desde el despacho. Miro a Luna, que me devuelve un gesto de resignación. Ya veo por dónde van los tiros: la jefa quiere controlar a todo el mundo sin dar ni un poquito de ejemplo.

Después Valentina me acompaña a la sala general, donde están el resto de la plantilla, cada uno con su ordenador. Me presenta a otro compañero, un hombre moreno bastante guapete con barba hípster y de aspecto algo bohemio que se levanta para saludarme.

—Isaac, lleva poco en la redacción pero ya es nuestro periodista estrella. Ha trabajado en los periódicos más importantes del mundo. Él supervisará tus prácticas —señala antes de volver a su despacho—. Es escritor de novela negra y acaba de publicar su primer libro, *La casa abandonada bajo el faro*. Quizá te suena, es muy bueno.

Isaac se levanta y me da dos besos.

—Bueno, dudo que te suene porque todavía ni siquiera he montado la presentación del libro. ¡Qué desastre! A ver si para después de verano organizo algo... Por cierto, bienvenida al circo —me dice con una sonrisa.

—Qué ilusión tener un compañero veterano que además es escritor para que me guíe durante las prácticas. ¡Gracias de antemano!

—Uy, veterano dice... Sin insultos, por favor, que yo todavía soy muy joven —me contesta en tono de broma.

—Me refiero a que parece que tienes mucha experiencia —digo avergonzada tratando de justificarme.

Es que parece de la edad de mi tía y de Luna. Cuarenta y algo para mí es veterano, ¿no? Igual he metido la pata.

Valentina se aleja para volver a su despacho y se nota que el ambiente de la sala se relaja un poco.

—Me imaginaba que la redacción del periódico sería más ruidosa, con llamadas a todas horas y muchísimo jaleo —le susurro a Isaac.

—Hoy en día funcionamos casi todo por *e-mail* y WhatsApp —me responde y baja el tono—. Además, a Valentina le gusta el silencio «para poder pensar». Ya la irás conociendo...

La jefa cierra la puerta de su despacho. Al instante Isaac me hace una seña para ir al *office* a por un café para poder charlar más tranquilos.

Capítulo 4

21 noviembre 1997

Querido diario:

Hoy es mi cumpleaños y cumplo doce. Hace unos días me bajó la regla, así que se supone que ya soy mujer, o eso dicen las monjas. Aunque no hablan mucho del tema. Mejor, porque me da vergüenza.

Me han regalado este diario, así que, como es mi único regalo, escribo esto para estrenarlo. No sé qué escribir. Blablablá. Este diario es un poco feo, tiene una pasta dura con flores cursis. El borde de las hojas es dorado y huelen a perfume de flores, como las que intercambiábamos en los recreos en tercero. Que en realidad eran para escribir cartas, pero las guais de clase tenían su carpeta a reventar a modo de colección. Las tenían ahí de adorno y luego ni las usaban para cartearse con la gente ni nada. Acumulaban hojas a lo tonto para ver quién tenía más.

El diario va con un candadito con su propia llave y ya tengo un buen escondite para que nadie pueda encontrarlo ni abrirlo, porque aquí no te puedes fiar de las compañeras... Así que nadie puede leer lo que escribo y nadie puede decirme lo que poner aquí dentro. Las monjas podrán mandar en clase, pero yo aquí escribo lo que quiero. Coño, joder, hostia. Escribiré todo lo que quiera sin que me castiguen.

Se supone que este es un internado superpijo, un lugar para niñas de familia importante. Excepto las huerfanitas, claro. Para nosotras es una cárcel. Nunca nos dejan salir del internado... Bueno, solo sí es en grupo y con una de las monjas vigilando.

Mi mejor amiga y yo somos, entre otras pocas, las *afortunadas* porque no pagamos nada. Las monjas siempre nos han hecho sentir que les debemos la vida por no habernos dejado abandonadas en la calle. En mi curso solo mi mejor amiga y yo somos huérfanas, el resto son niñas ricas con familias demasiado ocupadas para criarlas.

A las internas que tienen padres les dejan ver a su familia los fines de semana. Y los padres les regalan cosas superchulas. A una de clase le regalaron una *mountain bike* en verano y dice que le van a comprar el videojuego nuevo de *Monkey Island* para el ordenador en cuanto salga. Se cree mejor que nadie porque le compran todo lo que pide y tiene un ordenador en casa para ella sola. Tanto alardear de cosas, pero está internada como el resto y solo ve a sus padres en vacaciones, porque se pasan la vida trabajando cada día en un país. Así que es como si no tuviera familia tampoco.

A las que no tenemos padres nos regalan el mismo diario. Supongo que las monjas se piensan que así *hablaremos* con el papel, porque no hay nadie más a quien contarle nuestras cosas. ¡Ooooh, pobrecitas huerfanitas! A ver, ¿qué se piensan, que somos unas marginadas? Yo tengo una buena amiga aquí dentro. Menos mal, porque si no esto sería todavía más insoportable. Pero hay que tener cuidado con a quién cuentas las cosas, porque luego lo cascan todo para quedar bien con las monjas, en concreto con la superiora sor Marisa. Mi mejor amiga y yo la llamamos «la Cuervo» a escondidas, por la nariz puntiaguda que tiene.

Hoy en el recreo hemos puesto la cinta de las Spice Girls, pero ya no es lo mismo. Ya casi nunca bailamos *Wannabe*. Me da rabia porque echo de menos hacer de la gimnasta, me sale muy bien la voltereta lateral, pero las demás dicen que ya se han aburrido, que es de niñas pequeñas. Me da igual. Total, nunca me dejan inventar ni un solo paso de las coreografías. Siempre hay que hacer lo que dice la que va de protagonista, la que se cree que el patio es solo suyo y que es la preferida de la Cuervo. La llamaré la Prota, por si acaso, ¡ja, ja, ja! Ya tengo nombre en clave para mi diario. Al final va a ser más divertido de lo que pensaba.

La Prota va de niña pija, pero el otro día en el recreo le quemó un mechón de pelo a mi mejor amiga con un mechero que tiene siempre escondido y nadie hizo nada. Es una macarra. Encima las demás solo le ríen las gracias. Es la protegida de las monjas y parece que tiene carta blanca para todo.

Cotilleo: ayer vi algo que no le he contado a nadie, ni siquiera a mi mejor amiga todavía.

Me levanté por la noche porque no podía dormir y fui a los aseos para mojarme un poco la cara. Salí al pasillo a oscuras, cuando de repente una sombra enorme apareció a toda leche, se chocó contra mí y caí al suelo del golpe.

Me quedé pasmada del susto, pero pude ver quién era. Era un chico con una chaqueta con capucha. Era más mayor que yo, como de dieciséis o diecisiete años. Se quedó un segundo mirándome y me soltó un «lo siento» rapidísimo. Luego salió corriendo hacia la puerta de la entrada con una bolsa de deporte azul como si le persiguiera el mismísimo demonio.

Estoy alucinando porque las Esclavas es un internado solo para chicas y las monjas son megaestrictas, ven el pecado en cualquier esquina. Aquí los chicos están prohibidísimos. Los únicos hombres que tienen permiso para entrar son el jardinero, que tiene como sesenta años, y el cura, que viene a confesar y dar misa. Bueno, y los padres cuando vienen a recoger a sus hijas los fines de semana o en vacaciones, claro. Las puertas principales se cierran con llave a las diez de la noche, así que ¿cómo narices ha entrado ese tío en mitad de la noche? ¿Y por qué andaba correteando por el pasillo?

Igual es el novio secreto de alguna de las alumnas mayores. O peor, igual alguna de las novicias no es tan santa como pensamos y le abre la ventana trasera por las noches para que le haga compañía. Tengo que enterarme si viene más veces.

Capítulo 5

Ahora

Estoy impaciente por saber qué me quiere contar Isaac. Atravesamos la redacción en silencio y le sigo hasta una sala pequeña al fondo que dispone de nevera, fregadero, una máquina de café y una mesa redonda con cuatro sillas. Es el único rincón donde parece que puedes hablar sin susurrar.

Isaac se apoya en la encimera, junto a una cafetera que gotea sin descanso.

—¿Ya te ha dicho Valentina que aquí hay flexibilidad horaria? —dice soltando una carcajada breve antes de darle un sorbo a su vaso de plástico—. Es su mentira favorita con los nuevos.

—Me ha parecido que lo decía muy convencida —admito decepcionada, no voy a negarlo.

—Te aviso desde ya que es su forma elegante de decir que eres de su propiedad las veinticuatro horas —dice bajando un poco la voz—. Ella espera que todo el mundo viva por y para *El Faro*. Siempre que viene alguien nuevo trato de advertirle de cómo es esto de antemano. Si te dejas, te exprimirá todo lo que pueda.

Pues empezamos bien.

—Entonces, ¿tú por qué sigues aquí? —le pregunto directamente—. No pareces el tipo de persona que se deja exprimir por nadie.

—Porque soy *freelance*. Yo no tengo contrato, soy un colaborador externo —dice con un encogimiento de hombros—. Vengo cuando me apetece y paso de sus comentarios. En realidad, esta tía me adora y sé cómo manejarla para que no me machaque como al resto.

—¿Te adora?

—A ver, le conviene que yo esté aquí. Tengo bastantes seguidores en mi canal de YouTube sobre *true crime* y le traigo muchísimas visitas a la web. Además, haber trabajado en medios de Londres y Nueva York le da caché al periódico.

—Insisto. Con tu trayectoria no sé qué haces aquí.

—Digamos que es un pacto con el diablo: yo le doy prestigio y ella me da el pase de prensa para investigar lo que me da la gana para mis libros.

Isaac se inclina hacia delante. Su tono se vuelve más suave, casi confidencial.

—Otra cosa: ojo con lo que comentas en la oficina. Luna y varios compis más son de fiar, pero Valentina tiene a unos cuantos de su familia contratados. Gente maja, pero mejor saberlo de antemano y no meter la pata.

—Vaya... Muchas gracias por advertirme.

—Si sabes desde ya a lo que te enfrentas, quizás dures aquí más de una semana, superando la media de los becarios de este año.

—Jo... Me estás dando miedo. Tengo que estar aquí tres meses por narices.

—No quiero darte miedo, solo avisarte para que estés preparada y no haya sorpresas. Aunque te aseguro que hay periódicos peores. No estás en la profesión más amable que digamos. Pero, a ver, ¿a ti qué te trae por este peñasco en mitad del mar? No pareces la típica becaria que se conforma con un periódico local pudiendo buscar algo mejor en la ciudad. Se ve que no eres de aquí.

—Qué observador —respondo con una sonrisa—. Soy de la ciudad, pero paso temporadas en la isla desde pequeña en casa de mi tía. Quería alejarme un poco del ruido y el ajetreo para hacer las prácticas y el trabajo de fin del máster de periodismo de investigación que estoy haciendo a distancia. Necesitaba un sitio más tranquilo.

—Ya. Te entiendo con lo del bullicio, yo hice algo parecido. No soy de aquí pero mi madre compró un piso cuando yo era adolescente, así que me conozco la isla bastante bien. Volví aquí buscando un poco de paz para escribir, pero, hasta que no pueda vivir de mis novelas, necesito ingresos trabajando como *freelance*. Tengo un par de medios *online*

con los que colaboro además de esto. Vamos, no me ato a Valentina ni loco. Siempre es importante tener algo más y no depender de una única fuente de ingresos.

—Valentina ha dicho que escribes novelas sobre sucesos de la isla —digo, intentando mantener el foco en él. No quiero sacar el asunto de mi padre ni nada sobre mi vida personal en general.

—Eso es. Tengo terminada la segunda novela y estoy empezando la tercera. Todas mis historias se basan en sucesos reales de aquí. Pero lo hago desde el respeto, ¿eh? Soy bastante querido en la isla. A veces solo necesitan que alguien cuente su versión de los hechos. Lo mío es estar en contacto directo con la gente. Mi lema es: «Con una cerveza todos sueltan la lengua».

—Yo también aspiro a eso... Quiero decir, a trabajar más fuera investigando en campo que delante de la pantalla.

Isaac asiente y tira el vaso de plástico a la papelera como si fuera un tiro a canasta.

—No te emociones, que también te va a tocar chupar mucho ordenador para ayudarme. Pero conmigo estás en buenas manos. Hoy me quedaré un poco más para enseñarte cómo va todo y que puedas empezar con algún artículo.

Paso el resto de la mañana con él y, sinceramente, creo que he tenido suerte, parece un tío de fiar. Isaac tiene mucha experiencia y no se guarda los trucos. Me pone al día, reviso algunos artículos sencillos que me han asignado y le mando un wasap rápido a mi tía para decirle que el ambiente es raro, pero que sobrevivo.

A la hora de comer salgo a la calle para respirar un poco y encontrar el bar donde he quedado con ella para comer algo rápido. El próximo día me organizaré mejor: sabiendo que tenemos un *office*, me traeré unos *tuppers* con comida casera.

Antes de llegar, me refugio bajo un soportal del puerto para protegerme de la llovizna y hacer una llamada a mi padre, lo que ahora mismo no me apetece nada.

Capítulo 6

—¿Dónde estás? Te he llamado un montón de veces. —La voz de mi padre me responde al otro lado del teléfono con el inconfundible clinc-clinc de las tragaperras de fondo—. Esta mañana he visto tu nota.

—Me he ido de casa y estoy en Isla Ballena con la tía.

—¿Cómo que te vas de casa? No me hagas esto, por favor, que soy tu padre...

—Escúchame bien —le digo, intentando que no me tiemble la voz de rabia—: tus cobradores me están acosando. ¡Saben mi número y dónde trabajo!

—No sé de qué me hablas. Será un error, hija...

—¡No es un error! ¡Paga tus deudas ya o te juro que cambio de teléfono hoy mismo y no volverás a saber de mí en la vida! ¿Me oyes? ¡Se acabó!

Cuelgo sin despedirme y me quedo respirando como un miura, con los pulmones ardiendo por el aire frío. Ya está, ya está. Cálmate, Mónica. Me fuerzo a relajar los puños. Tengo que ensayar una cara normal antes de entrar en el bar donde he quedado para comer.

El bar El Puerto está a reventar a esta hora. Es el típico sitio de madera con serrín en el suelo donde se mezclan los marineros, los obreros y los funcionarios del ayuntamiento que buscan el menú del día. Al entrar, veo que mi tía me saluda desde una de las mesas del fondo, agitando una mano con su energía habitual.

—¡Menuda espantada esta mañana! —me dice en cuanto me desplomo en la silla—. Me he levantado y la casa estaba desierta. La próxima vez espérame, salimos juntas y te traigo en coche, que no quiero que te cales hasta los huesos todos los días.

—Bueno, es que me he levantado bastante pronto y necesitaba caminar —le digo, intentando que no se me note en la cara la reciente bronca telefónica con mi padre. No quiero intoxicarme yo sola hablando de ello de nuevo.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal el primer contacto con el mundo del periodismo? ¿Has sobrevivido a Valentina?

—De momento sí. Se nota que es... especialita —suelto con un suspiro—. Pero he tenido suerte porque me han asignado a un compañero muy majo como tutor para las prácticas. Se llama Isaac, tiene muchísima experiencia y ha trabajado en el extranjero, así que creo que voy a aprender bastante con él.

—Ah, yo creo que le conozco de vista. Tendrá más o menos mi edad —dice mi tía, pensativa—. Publicó un libro sobre una historia que ocurrió en la isla, ¿no?

—Sí, ese mismo —asiento y le doy un sorbo rápido al vaso de agua que me han puesto delante—. También me han presentado a Luna, la secretaria. Parece maja y creo que tiene más o menos tu edad.

—¿Luna? Pues no me suena de nada. Igual la conozco de vista, pero ahora no caigo. No te creas que me conozco a toda la isla, que no somos tan pocos.

Justo en ese momento, el camarero nos sirve una ensalada en el centro de la mesa. Mi tía aprovecha el parón del servicio para dejar a un lado el tema de la redacción.

—Oye, cambiando un poco de tercio —dice—. He pensado que este fin de semana podríamos hacer algún plan juntas. Salir a bailar y tomar unos cubatas, o si no tienes ganas de fiesta y no llueve, dar un paseo largo por la zona del faro. Tenemos que hacer planes divertidos para que desconectes un poco.

—Ese es otro asunto. Que yo disfruto mucho contigo y tus amigos, pero es que no te quiero acaparar durante tres meses... En verano era fácil porque venía un par de semanas para estar contigo y ya está, pero ahora no quiero que tengas que estar pendiente de mí. Tienes tu vida, tus *hobbies*, tus amigos... No quiero ser una carga.

—¿Una carga? ¡Por favor! —Ella me mira como si estuviera loca—. Sabes que me encanta tenerte en casa y a los de mi grupo les caes muy bien.

—A ver, que a mí también, pero que yo soy una cría para vosotros. Os gusta otro tipo de música y otro ambiente, no sé. Creo que no encajo demasiado. Además, tengo que dedicar tiempo a hacer el trabajo del máster.

—Bueno, ya lo pillo, somos unos *boomers* para ti.

—Que no es eso...

—¿Y por qué no invitas a tus amigas de la ciudad a pasar algún que otro finde? Así salís juntas y te diviertes un poco, que hay un par de pubs en el puerto para gente de tu edad.

Suelto un resoplido.

—¿Qué amigas? ¿Las que eligieron el bando de mi ex en cuanto rompimos?

Mi tía deja el tenedor en el plato, sorprendida.

—Vaya... Pensaba que todavía salías con ellas.

—Pues sin más. Al principio insistí en seguir quedando, pero eso ya se acabó hace unas semanas porque veía que pasaban de mí y al final preferí cortar por lo sano. Parecía que tenía que estar yo siempre detrás de la gente, mendigando planes. Además, cada vez me daban largas porque él está metido en todo lo que hacen.

—Vamos, que no eran tan amigas. Mejor para ti haberte dado cuenta a tiempo, así te lo digo.

—Exacto. Eran solo gente con la que pasaba el tiempo y salía de fiesta. Gente de relleno.

—Bueno, pues ya estás pasando página. Fue una ruptura fea, pero ya está. Hay que mirar hacia delante.

—Y tanto que fea —noto cómo la voz se me afila—. No solo me ha robado a mis amigas de toda la vida. Me puso los cuernos con media ciudad. En cuanto me enteré y le monté el pollo que se merecía, me puso de loca. Pero claro, el malo no fue él, no, fui yo, porque soy la que tiene «problemas de autocontrol y se pone violenta». El muy cabrón quedó ante todo el mundo como el pobre santo que aguantaba a una histérica.

Siento ese calor familiar de nuevo subiendo por mi cuello, una presión que me late en las sienes. Respira, Mónica. Un, dos, tres.

—En fin, que no quiero hablar más del tema porque me cabreo —sentencio, tratando de enfriar el ambiente.

—¿Y tus amigas de la uni, Paula y Silvia? Eran buena gente.

—Pues, para dos amigas de verdad que tengo, se han ido a trabajar al extranjero. Así que aquí estamos solo tú, yo y el gato. No tengo a nadie más.

Mi tía me pone su mano caliente sobre la mía.

—Pues ya está. Me tienes a mí y este sitio te va a sentar bien, ya lo verás. Solo tienes que darle una oportunidad a la isla, seguro que haces buenos amigos. Empezando por Isaac.

Asiento, aunque por dentro me pregunto si la isla me va a dar esa oportunidad a mí. Pagamos la cuenta y salimos de nuevo al aire gris del puerto. Mi tía se va hacia el ayuntamiento y yo encaro la subida de nuevo hacia la redacción. En cuanto cruzo la puerta de la entrada, Valentina asoma la cabeza.

—Novata, a mi despacho.

Capítulo 7

La voz de Valentina ha perdido esa amabilidad de primera hora de la mañana. Parece que ahora tengo un mote en vez de un nombre. Cruzo la sala en medio de ese silencio incómodo y noto cómo Isaac me sigue con la mirada, con una mezcla de curiosidad y advertencia.

Entro en su cueva de humo rancio, preguntándome si me va a dar una buena noticia o si me va a echar mi primera bronca por algún motivo que desconozco. Viendo cómo ha actuado con Luna esta mañana, me espero cualquier cosa.

Me quedo de pie frente a su escritorio mientras ella fuma y sigue tecleando, ignorándome con una parsimonia insultante. No quita la vista de la pantalla. El silencio del despacho hace que el sonido de sus dedos contra el teclado sea insoportable: clac, clac, clac... Esta mañana, con los nervios de la llegada, no me he fijado, pero lleva unas uñas granates de porcelana demasiado largas que chocan contra las teclas. Se nota que hace más de un mes que no pasa por el salón de belleza, porque tiene su uña natural crecida varios milímetros por la base.

No dice ni una palabra durante casi un minuto y yo sigo aquí plantada como un mueble, esperando a que se digne a reconocer mi existencia. ¿Hola? Estoy aquí.

Cuando por fin me mira, me indica la silla con un gesto de barbilla. Obedezco y espero sus palabras con inquietud.

—Mira, tú que eres joven, avispada y te pasas el día con el móvil en la mano, vas a llevar las redes sociales del periódico —me dice en plan colega, señalando una pantalla donde tiene abierto Facebook—. Ya he publicado alguna cosa. Dime a ver qué te parece.

Alucino. Yo he venido aquí para investigar sucesos y patear la calle, no para hacer de *community manager*. Lo que me faltaba. Paso de que me ponga al frente de las redes sociales a publicar sin parar, no he venido aquí para eso. Además, ¿Facebook? Esta mujer va con diez años de retraso.

Miro a Valentina y me muerdo la lengua a tiempo. Es mi primer día y me toca apechugar, que se vea que soy colaboradora. Así que me acerco y veo un desastre de publicaciones con letras de colores estridentes y fotos pixeladas que dan vergüenza ajena.

—Bueno, creo que podríamos darle una vuelta al diseño —le digo intentando ser diplomática—. Y quizás también movernos a Instagram, que Facebook ya no tiene tanto tirón. ¿Quieres que pruebe a...?

Se gira hacia mí con una rapidez felina y el tono amigable se esfuma de un plumazo.

—Vamos a ver... Tú no me vas a decir lo que está mal —dice subiendo el tono—. He hecho un curso de esto y sé perfectamente lo que me hago. Limítate a subir lo que yo te diga y no te las des de lista, que aquí la que lleva más de treinta años en el negocio soy yo. ¡Lo que me faltaba! Que es tu primer día, novata.

—Como tú digas —respondo tragándome la bilis.

¿No me acaba de decir que le dé mi opinión? No entiendo nada.

Salgo del despacho conteniendo la ira a duras penas, sintiendo que la cara me arde y que estoy roja como un tomate. Camino directa hacia el escritorio de Luna, que está justo al lado de la máquina de agua mineral. Me tiemblan las manos un poco mientras agarro un vaso de plástico y lo lleno hasta el borde. El chorro helado es lo único que parece apaciguar el incendio que me ha provocado esa mujer en el pecho.

—¿Estás bien? —me dice Luna.

—Me acaba de caer mi primera bronca nada más llegar... —le susurro antes de darle un trago largo—. Necesito beber agua para no acabar con un ataque de ansiedad o gritándole algo de lo que me arrepienta. ¿Valentina siempre es así de *encantadora*?

Luna levanta la vista del teclado y se asegura de que nadie más nos esté escuchando.

—Tranquila, respira —me dice bajando la voz—. Te acostumbrarás.

—No sé yo... Es mi primer día y ya empiezo mal.

—Oye, ¿por qué no te vienes a tomar unas cañas después de currar? Hoy como todos los jueves nos juntamos Isaac, un par de compis y yo en el bar de aquí al lado. Vente, que te vas a reír, te lo prometo.

—La verdad es que me viene genial tu invitación para ir cogiendo confianza con la gente de la redacción.

—Ya verás qué bien te va a sentar. Además, te contaré un par de anécdotas que te van a servir de amuleto. Y después, cada vez que Valentina te monte un pollo, te acordarás de lo que te conté y te entrará la risa floja en su cara.

Se inclina un poco más hacia mí, apoyando los codos en la mesa.

—Entre nosotros nadie la llama Valentina. Cuando no están su hermana o su marido delante, todos nos referimos a ella como «la Loca». Te acostumbrarás a esto, ya verás.

La Loca. Me pregunto cuántas broncas habrá montado Valentina para ganarse ese apodo entre la gente. Vuelvo a mi escritorio con el sabor del agua fría aún en la garganta y una pequeña chispa de alivio gracias a las palabras de Luna.

Miro el reloj. Quedan como mil horas para que la jornada termine. Intento concentrarme en las redes sociales de las narices y que se pase la tarde lo más rápido posible. Tengo ganas de que Luna me cuente cotilleos sobre esta oficina.

Capítulo 8

12 diciembre 1997

Querido diario:

Odio este sitio. A veces me gustaría tener la llave que abre la puerta principal del internado para irme cuando quiera, no solo la de este cuadernito de flores. Tampoco tendría dónde ir, ni me quiero ir yo sola sin mi mejor amiga...

Hoy en gimnasia ha vuelto a pasar lo de siempre: sor Pilar la ha mandado a las gradas a mirar cómo las demás jugamos al balón prisionero. Es verdad que nos saca como dos cabezas a todas y es un poco bruta moviéndose, pero es que no es culpa suya haber crecido tanto de golpe. Además, cada una es como es. Dice que es un peligro para la «integridad» del resto de las niñas y que su fuerza no es normal, así que la margina como si fuera un bicho raro. La deja allí sola durante toda la hora mirando y esperando a que termine la clase. Además, la Prota es una mongola. Si las monjas me oyeran decir esa palabra me castigarían, pero es mi diario e insulto como quiero. Se pasa el rato cuchicheando y llamándola «jirafa», riéndose de ella por lo bajini para que las monjas no la oigan, aunque yo creo que lo oyen y les da igual.

Un día en los vestuarios se pasó mil pueblos. Le escondió la toalla y, cuando salió desnuda de la ducha, empezó a reírse de los pelos de sus piernas con sus amiguitas. Ella se quedó callada porque nunca se defiende, pero yo no pude aguantarme: me puse delante de ellas y les grité que, si volvían a meterse con ella, se lo diría a sor Marisa. No se lo esperaban porque nadie les dice nunca nada. Y va la Prota y me suelta que nunca me elige en su equipo porque le caigo fatal. Y yo no me pude aguantar y le respondí: «Pues vaya, a mí me pasa lo mismo contigo». Y me quedé tan a gusto. Yo creo que desde ese momento me la tiene todavía más jurada. Pero a ver si ella me va a poder soltar lo que le salga de ahí y yo no.

Otra cosa: desde que me choqué con el chico ese estoy obsesionada. Quiero saber quién es y qué hacía la noche que le vi. Voy al baño de madrugada a menudo para ver si le

pillo de nuevo por los pasillos; de hecho, ahora mismo estoy escribiendo sentada en la tapa del váter para que nadie me vea. Llevaba días sin ver al chico, pero justo ayer me asomé desde la ventana de los baños y ahí estaba, más o menos a la misma hora y día que la primera vez. Le vi sacar una llave y entrar directamente por la puerta.

He pensado en contárselo a alguna de las monjas, pero si el chico tiene llave es que alguien importante le deja entrar. No soy tonta. Se lo he contado a mi mejor amiga y me ha dicho que soy como una investigadora tipo Jessica Fletcher en la serie *Se ha escrito un crimen*. Me encanta, ¡ja, ja, ja!

¡Gracias por leer hasta aquí!

Si te han gustado los primeros capítulos de 'Las cenizas del internado', **puedes comprarlo en ebook o tapa blanca en Amazon.**

"Escribir es un acto solitario, pero una historia solo cobra vida cuando alguien la lee."

Escanea este QR para ir a la ficha del libro en Amazon:



[RESERVA AQUÍ 'LAS CENIZAS DEL INTERNADO'](#)

(disponible oficialmente desde el 28 de junio de 2026)